

don Antonio Ny, como perfeccionadores de un alambique, y á Mr. Wilson, para los mejicanos que construyeron la calesa presentada por él, premios extraordinarios." (Abecé se escandaliza aquí del descuido de callar los nombres de los pobres mejicanos que han merecido el premio, dejándose sonar solamente el del maestro extranjero. X dice que en Méjico no tiene uso la voz "calesa.")

"A don Ramon Rivera, fundador de una campana, y á don Guadalupe Plata, por las cabratillas charoladas, premios extraordinarios."

(X manifiesta que *cabratilla* (así se lee en el Universal del martes 11 del presente noviembre, plana 4^a, col. 2^a, lin. 5^a) por *CABRITILLA* no es voz de ningún idioma, de ninguna lengua conocida y que por lo tanto merece un premio supraordinario el que la ha inventado.)

"A don Florentino Jacquenard, como inventor y ejecutor de un modelo de una máquina hidráulica, y á don Pedro Green, por el modelo de la bomba-noria, mencion honorífica."

Réstame, amable lectora, hablarte de la llegada del nuncio ó embajador del santo Padre Pio IX, la cual *tuvo lugar* el día 12, y del telegrafo magnético que está ya establecido y en corriente en el tramo de esta capital á Nopalucan; pero sobre estos asuntos no puedo mas que exclamar:

¡Oh ilustre y nunca bien alabado Misa-

rial! ¡Quién me diera tu ingenio, y tu pluma, y tu cabeza, que me hacen reventar de envidia, para poder continuar debidamente este artículo! ¡Quién tuviera tu elocuencia para poder referir la satisfacción con que los frailes de esta capital han



visto la llegada del nuncio apostólico y los regocijos con que seguimos celebrando la derrota de los piratas en la isla de Cuba! : : :



ECONOMIA DOMESTICA.

AGUA AROMATICA PARA LA CARA.

En un cantarito de barro ó vidrio, y no de metal, pónganse dos libras de violetas acabadas de cortar (sin las hojas verdes ni el tallo) y seis onzas de raíz de lirio de Florencia machacado; viértase encima de esto poco menos de una y media azumbre (poco menos de seis cuartillos) de vi-

nagre; póngase en infusión al sol y se tendrá una agua excelente para dar olor á la que se emplea para el tocador.

PICADURAS DE ABEJAS, AVISPAS Y MOSQUITOS.

La parte donde haya picado el insecto lávese con agua de amoniaco (alcali volátil) ó solucion de cloruro de cal.

LA CANONESA

Y EL CABALLERO DE MALTA.

FOR MADAMA EVELLINA RIBBECOURT.

L

LOS SEGUNDONES.

Ah! ¡pobre Enriqueta mía, nos van á sacificar!

—¡A sacrificar, primo mio! ¿Tengo ya aspecto de víctima?

—Tú siempre encuentras á la suerte un lado bueno, pero yo padezco por el porvenir que me preparan, y ¡lo juro! ¡sabré sustraerme de él! Seré marinero, guardia francés, obrero. . . ¿qué sé yo! . . . ¡pero no será, aunque me pese, caballero de Malta!

—¡Ay, pobre Gaston! ¡todos los segundones de la casa de Trevil no han entrado en alguna religion? Tu tio es gran bailio de la órden de san Juan; tu tio abuelo Nicolás es conde canónigo de Lyon; tu. . . .

Enriqueta fué interrumpida en su nomenclatura por los ademanes de enfado del jóven, quien con estrepitosos y desiguales pasos, que daban bien á conocer el enojo y la irresolucion que le agitaban, media el aposento de largo á largo. Gaston de Trevil contaba diez y ocho años; su rostro no tenia mas belleza que una expresion de inteligencia y franqueza, y sus ojos sobre todo, reflejaban el candor de su alma, cuando miraba á su prima, á quien queria como una hermana. Segundon de su casa, estaba destinado, desde su nacimiento, á entrar en la órden de los hospitalarios de san Juan, y llevaba en el ojal la cruzcilla negra de ocho puntas, distin-

tivo de los caballeros. Su prima, bonita muchacha de diez y seis años, último vástago de una familia tan pobre como noble, estaba igualmente destinada al celibato, y sobre sus vestidos de color oscuro y modesto, llevaba un largo cordon de seda azul, entremezclado de encarnado, al cual estaba atada una medalla de oro, representando á san Romarico, fundador de las canonesas de Remiremont. Enriqueta no teniendo otros bienes que viejos pergaminos y diplomas, atestado nueve generaciones de nobleza caballeresca, debia gozar de una prebenda en aquel antiguo capítulo, orgullo de la Lorena. Pero en espera de que pudiese disfrutar de ese privilegio, vivia con madama de Trevil, abuela suya, en un antiguo castillo á orillas del Mosela. A él habia venido Gaston para despedirse de su abuela y de su prima, antes de embarcarse en una galera de la religion, que debia llevarle á la Vallette, donde después de un corto noviciado pronunciaria sus votos ante el gran maestro.

—Pero, primo mio, dijo en su Enriqueta tímidamente, pensarás en desobedecer á tu padre?

—Yo quiero elegir mi suerte y no sacrificar mi vida entera solo por estas pala-

1 La Iglesia y el noble capítulo de Remiremont fueron fundados en 620 por san Romarico; las canonesas no hacian voto alguno, y podian entrar de nuevo al mundo para enseñar. Para ser admitidas necesitaban probar su nobleza caballeresca, de nueve generaciones atrás; y dependian inmediatamente de la santa Sede. En su casa, entre otros privilegios, tenia el de poder libertar en ciertos dias á todos los presos que se encontrasen en la Consistoria y de imponer ó percibir contribuciones del Estado. La abadesa era princesa del imperio y se sentaba en su tribunal á hacer justicia á sus vasallos.

bras: "Los segundones de Trevil han obrado siempre de esta manera!" ¿No te dan una posicion honrosa. . .

—Lo era en otro tiempo; pero hoy ¿qué pesa en la balanza del mundo, la espada de un caballero de Malta?

—Correrás las carabanas. . .

—Eso es una burla.

—Sucedrás á tu tio en el mando. . .

—No lo deseo. . . . Poco me inquieta el porvenir; el mio se entiende; pero el tuyo, hermana mia, mi buena Enriqueta. . .

—¡Oh! mi querido Gaston, me considero bastante feliz. . .

—¿Dices la verdad?

—Sin duda. Pobre, huérfana, sin apoyo, en Remerimot tengo un seguro asilo, una decorosa proteccion: una vida tranquila ocupada con la oracion, el trabajo, las buenas obras, no pido mas.

—¿Sin afeciones?

—¡Y Dios! ¿por quien le cuentas? Viviré para él, trataré de servirle, instruyendo á los pobres y á los niños, y así que sea bien vieja, me referirás tus viajes, daré contigo la vuelta al mundo, yo que ya no sabré las vueltas de mi capítulo. ¿Qué graves estaremos entonces! ¡El señor comendador! ¡La señora canonesa! . . .

—¿Comendador? ¡punca! . . . Enriqueta, ¡acuerdate bien de esto! Sé feliz, puesto que te conformas con tu suerte futura: yo voy á buscarne una. . .

Gaston partió al siguiente dia para Marsella, dejando en la inquietud á su abuela y á su prima, quienes á una voz oraban por él.

II.

1792.

Cuatro años habian pasado, años terribles que dejarán una huella profunda en la historia, porque comprenden todo el espacio trascurrido entre los Estados generales de 1789 y la Convencion instalada en 1792. Los habitantes del castillo de

Trevil habian tenido su parte en los conflictos públicos: disminucion de fortuna, vengas inquietudes, redoblados temores, angustias continuas, y á estas penas de afuera se juntaban las afeciones intimas, las cruces domésticas, personales, que no por sufrir los males generales de toda especie dejaron tambien de atormentarlos. El conde de Trevil habia sucumbido en 1790 á una enfermedad de corta duracion: Alberico, su hijo mayor, habia muerto noblemente el 10 de agosto, y Gaston, después de algunos meses de permanencia en Malta, habia rehusado formalmente pronunciar los votos, reuniéndose á las filas del ejército francés desde los primeros movimientos que hizo hácia la frontera del Este. Su desobediencia y defeccion traspasaron de dolor el corazon de su abuela, quien retirada á su antiguo castillo de la Lorena, no tenia otro apoyo, otro consuelo mas que Enriqueta, cuya prebenda acababa de ser confiscada á virtud de los decretos revolucionarios. Las dos pobres mujeres vivian solas, casi ignoradas en su recóndita mansion, donde en otro tiempo sus antepasados mandaban como soberanos en toda la comarca, y ahora temblaban ante sus moradores, irritados desde aquel entonces con el rigor con que los condes de Trevil ejercian sus derechos, derechos de caza, talla, servidumbre; privilegios feudales, cuya injusta severidad era casi siempre suavizada por la beneficencia de las castellanas. Pero en esos dias de eferescencia, el pueblo no se acordaba mas que de las faltas que parecian legitimar su furor, olvidaba los beneficios derramados por una mano bienhechora, los remedios ministrados al enfermo, la canastilla preparada al recién nacido, la fundacion de hospicios, la apertura de escuelas y tantos otros actos que honran la generosa caridad de las francesas.

Un dia del mes de diciembre de 1792,

la viuda heredera de Trevil estaba sentada en un aposento retirado del castillo; Enriqueta, inmediata á ella, leía en voz alta el admirable sermón de Bossuet sobre la pasion de Jesucristo; de tiempo en tiempo suspendia su lectura y miraba tristemente el campo blanqueado por la nieve, el cielo de un gris uniforme de donde descendian lentamente blancos copos. Una profunda tristeza reinaba en este paisaje y pesaba sobre las dos pobres mujeres que nunca, como en este momento, habian sentido mas el abandono. Llegando á la segunda parte del sermón, cerró Enriqueta el libro, y dijo mirando caer la nieve:

—Este tiempo tan malo temo que sea funesto al pobre Simon.

—¿Le vieto esta mañana, hija mia?

—Sí, mi buena mamá, fui á la quinta; estaba padeciendo mucho, pidió un padre, y Justo, su hijo, fué á buscar al señor cura que está escondido en casa de Henriot, disfrazado de vaquero.

—¿Qué tiempos, gran Dios! mi pobre hijo fué muy feliz en no haber vivido mas; muy feliz, murió en su cama. . . mientras que tantos otros. . .

No concluyó; su hija le besó la mano en silencio. Repentinamente llamaron á la puerta del aposento; abrió Enriqueta, y Justo, el hijo del arrendatario, entró, pálido y turbado.

—¡Amigo mio! exclamó la condesa asustada á su aspecto, ¿qué es lo que hay? . . . vuestro padre. . .

—Mi padre murió ya, respondió el joven con los labios temblosos; rogó por vos, señora, que lo socorristeis.

—Era un excelente hombre y Dios le dará el descanso. Pero vos, mi querido Justo, volved á acompañar á vuestra madre, que debe de estar desasosogada y afligida. . .

—No puedo, porque ella misma me ha mandado á veros. No ¿veis lo que pasa

en la aldea, señora: esta mañana en el club han hecho mocion, como dicen, de saquear el castillo, esta guardia de la tiranía, como dicen tambien, y de enviarnos con una buena escolta á Metz, lo mismo que á la señorita Enriqueta. Todos los bribones de la aldea están en la taberna; beben, se aclaran. . . antes de una hora estarán aquí.

—¿Gran Dios! ¿qué hacer?

—¿Quereis fiaros de mí, señora? he dejado á mi padre en su lecho mortuario para venir á veros; espero poder salvarlos. . . Hay una escalera para el porque, ¿no es verdad? . . .

—Sí, y la entrada de esa escalera es por el cuarto inmediato.

—Por allí debéis salir al instante. Tengo puesto á nuestro viejo calesin un caballo que he pedido prestado á un vecino, quien cree voy á anunciar á mis tíos la muerte de mi pobre padre; en el sendero desierto del osario, del lado del parque, nos está esperando. . . La noche está al caer, nadie nos verá partir. . . y mañana haremos pasado la frontera.

—Pero ¿y las leyes contra los emigrados, mis bienes, ó mejor dicho, los de esta pobre niña?

—Y la vida, señora, la vida! . . . En Metz nadie se libra de la guillotina.

Estremeciése la viuda y estrechó contra su pecho á la trémula Enriqueta; después lanzando á su derredor una espaciosa mirada, barbotó:

—¡Dejarlo todo!

—Señora, el tiempo pasa.

—¡Pobre muchacho, vais á exponer vuestra vida!

—¡En Dios confío! Habeis sido buena con nosotros, señora, mi padre os amaba, y él, él mismo, si viviera, me mandaria hacer lo que hago ahora.

Madama de Trevil manifestó tomar una firme resolucion. Levantóse, abrió el

secreto de un escritorio de ébano que ocupaba uno de los ángulos del salon, y sacó de él un rollo de dinero.

—Esto es todo lo que poseemos! dijo á Enriqueta.

La jóven levantó los ojos al cielo con confianza.

—Mis alhajas están en el tocador, añadió la anciana señora; allí está mi camarera.

—¡No váyais, señora; vuestros criados os venden! . . .

—¡Salgamos! respondió la condesa; ya que los hombres me abandonan y me engañan. . . ¡me entrego absolutamente á Dios!

Enriqueta echó sobre los hombros de su abuela una pelizza forrada, envolviése en la suya, y tomó un envoltorio que hizo apresuradamente, de algunos libros, un estuche de escribir y pintar, y los pocos vestidos que se encontró á la mano en la pieza contigua. En el momento de pisar el primer peldaño de la escalera que habia de conducirla fuera del castillo, exclamó amargamente la condesa:

—¡Qué duro me es dejar de esta manera la casa de mis padres, el sepulcro de mi marido y de mis pobres hijos! . . . ¿Por qué no descanso en paz con ellos?

Enriqueta lloraba silenciosamente. Llegaron sin obstáculos al coche, que anduvo con ellas durante muchas horas; y subiendo á la media noche por una altura que dominaba á todo el país, percibieron en el horizonte una brillante luz, como si hubiesen hecho una inmensa hoguera en medio de la alba campiña.

—¡Han pegado fuego á Trevill! ¡Trevill no existe ya! gritó la viuda dejándose caer en el coche.

Justo no respondió una palabra, y apuró al caballo. Enriqueta contempló las llamas de un rojo sombrío que subian al cielo y dijo en su corazón:

—¡A dios! ¡á dios, para siempre!

EMIGRACION.

El alba de los ojos grises, como dice Shakspeare, empezaba á aclarar el horizonte cuando el calesín de los dos fugitivos pasó la frontera. Madama de Trevil abrazó á su hija con una especie de amargo gozo exclamando:

—¡Que sea preciso alegrarse una cuando deja el suelo de su patria!

Luego que llegaron á Luxemburgo, se dispuso Justo á volverse. Madama de Trevil quiso darle una recompensa, porque Justo era pobre, pero el jóven la rehusó abiertamente.

—Vos habeis auxiliado y consolado á mi padre, díjole, así el deudor soy yo.

—Tomad siquiera esta sortija para vuestra madre, replicó Enriqueta, me la volveréis si mejores dias llegaren á lucir para nosotras.

El jóven recibió el anillo y se le puso en su dedo meñique; después con una voz ahogada dijo:

—¡Hasta mas veros, ama nuestra, hasta mas veros, señorita!

Brincó al coche, y las dos desterradas siguieron con la vista largo rato al pobre campesino que volvía á la Francia.

La provincia de Luxemburgo no podia ofrecer un solo lugar de refugio á los fugitivos: por tanto pasaron sin perder tiempo á Lieja y de allí á Holanda, y al cabo de ocho dias de viaje llegaron á Amsterdam. ¡Cuán aguda tristeza penetró en sus corazones al entrar en esta ciudad, donde nada les recordaba á la Francia! Clima, idioma, costumbres, fisonomías, todo, todo era diverso. Pasada la noche, noche de insomnio, en una mala posada, se echaron á andar por las calles de la ciudad, decididas á buscar un alojamiento donde pudiesen: "vivir de privaciones, decia la condesa. —Del trabajo," agregaba Enriqueta. Anduvieron errantes algun tiempo por a-

quellas populosas pero silenciosas calles de la Venecia del Norte, por sus hermosos muelles á que daban sombra los tilos, á lo largo de sus canales limitados por elevadísimas casas construidas sobre escalones y en cuya cúspide forma la cigüeña su nido. Un sentimiento de curiosidad disipó su melancolía, al aspecto de esta poblacion extranjera y tan heterogénea, en que el robusto aldeano de la Frisia tropczaba con el atezado y entecado malayo; la rica arrendadora adornada con su basquiña escarlata, su velo de blonda y su diadema de oro, pasaba junto á la negra, tocada con su pañuelo de todos colores, ó el borruquiento marinero daba un empujón al grave personaje vestido á la Luis XIV. Grandes pensionarios, miembros de los Estados, ricos armadores, poderosos banqueros, hijos de aquellos atrevidos soldados, de aquellos sabios políticos que resistieron á Felipe II, á la Inglaterra, á la Francia, y débiles por su número, amenazados por la naturaleza y por las armas de sus enemigos, fundaron en medio de las olas la mas fuerte de las repúblicas y se afirmaron por la union y por la constancia. Estas reflexiones ocupaban el ánimo de Enriqueta, en tanto que sus ojos repasaban las muestras buscando cuartos de alquiler. Por último, una inscripcion en holandés, francés é inglés, llamó su atencion, y sosteniendo á su abuela, entró á una tienda donde vendian pinceles y colores, y pidió ver el alojamiento que se hallaba desocupado. La dueña ayudada de algunos retazos en francés, instó á las señoras á seguirla, y les enseñó una reducida habitacion, amueblada de una manera puritana, sin otro adorno que una extrema limpieza.

—Quedémosnos aquí, hija mia, dijo la condesa, esta pieza es suficientemente grande para morir, y á mi no me queda ya otra cosa que hacer en este mundo.

Instalémosnos y dejemos aquel cuarto de posada que no es de nosotros, porque es de todos.

Obedeció Enriqueta, y en lo misma tarde quedó acomodado el pobre bagaje de las expatriadas en los armarios de pulido encino con que estaba amueblado el dormitorio: Bossuet, la Imitacion y un tomo de Racine, consuelos que en la fuga llevaron consigo, ocuparon la chimenea del comedor. Enriqueta colocó cerca de la ventana una mesita, en la cual puso sus conchas, sus colores, sus vitelas, y tan presto como se hubo hecho, por medio de algunas ventas, de todo lo que necesitaba su abuela, se entregó al trabajo, impacientada por realizar el designio que habia concebido. Su huéspedes, además de vender colores, comerciaba en obras del arte, y llevada la jóven de sus consejos, pintó un cuadro de flores, otro de frutas y de caza, generos á los cuales se habia particularmente dedicado y en que trabajaba con una feliz facilidad de pincel. Los dias que empleó en esta ocupacion fueron dias de esperanzas y de alegría: de alma fuerte, alma de esas que se dan á conocer en la desgracia, Enriqueta gozaba al sentir que era ella misma, al ver que era buena para alguna cosa. Considerábase feliz dedicada al cuidado de su abuela, feliz con su trabajo, feliz con sus esperanzas, y al reunirse llegado el domingo en la capilla católica, á la religiosa congregacion de los fieles, su corazón se llenó de delicias.

Al cabo de tres semanas, sus cuadros estuvieron concluidos y vendidos para las colonias, cuyos habitantes, que son tambien expatriados, solicitaban las pinturas que les recordaban las producciones de la madre patria. El vendedor de cuadros pidió otros lienzos, y Enriqueta se puso á trabajar con nuevo ardor. No salia mas que para ir á la iglesia, lugar querido, de refugio y de tranquilidad; al museo, donde

estudiaba las obras de Rachel, Ruysch, de Spáñdouck, y de los pintores célebres que han reproducido con el pincel las bellas flores que son la idolatría de la Holanda. Algunas veces, por la tarde, la viuda y su hija iban hasta el puerto, y en profundo silencio, apoyada la una sobre la otra contemplaban las olas, en el mismo lugar tal vez en que el anciano poeta Vondel vino á sentarse durante tantos años, mirando siempre si la vela de su hijo aparecía en el horizonte!

Las horas de una vida laboriosa corren rápidamente, y de esta manera pasaron algunos años, sin que su peso pareciera demasiado grande á las dos desterradas.

IV.

EL OFICIAL DE LA REPUBLICA.

La nacion francesa habia extendido sus conquistas: la caballería de Pichegru pasando por las glaciales aguas del Rhin, de la Mosa y del Zuyderzée¹, habia invadido esta. Batavia que las olas ya no supieron defender. El corazon de Enriqueta palpitó, cuando echada de codos en su ventana, vió pasar los regimientos franceses desfilando serenos y arrogantes, cuando oyó el sonido de la lengua madre, suave como una armonía al oído de un expatriado; una embiguesz guerrera exaltó su espíritu cuando los clarines tocaron la belicosa aria compuesta para las palabras de Chénier:

“La victoria cantando, nos abre las trincheras...”

—¡Franceses! repetía la jóven enajenada de gozo.

—¡Republicanos! ¡enemigos nuestros! exclamaba madama de Trevil. ¡Ah! hi-

¹ Vondel, poeta holandés, compuso las tragedias de Guy de Amstel y de Lucifor: se cree que á Milton sirvió de inspiración esta última para la creación de su Paraíso Perdido. Vondel, se dice, murió de poseidumbre, á causa de la ausencia de su hijo, quien se embarcó para las Indias.

² 1794.

ja mía, ¡quién sabe si nos obligarán de nuevo á huir! Mira esa bandera: no es ya la de Lens ó de Fontenoi!...

—¡Ah! mamá, esos soldados son tan valientes... su bandera es siempre la del honor!

Al decir esto, echó de ver que los soldados habian hecho alto en la plaza inmediata, y que con las armas en *pabellon* ya, les distribuian boletas de alojamiento. Un oficial se dirigió hácia la casa. Enriqueta se retiró entonces de la ventana y volvió á tomar sus pinceles: á pocos momentos oyó entrar al nuevo huésped en el cuarto contiguo, conducido por la dueña de la casa, y quedarse en él después de algunas palabras cambiadas, á las cuales no prestó ella ninguna atención. Durante todo el día estuvo oyendo las botas del oficial que rechinaban con la tierra de que estaba cubierto el cuarto, y su voz que acompañaba el movimiento regular de sus pasos. Por la noche le oyó todavía; cantaba: repentinamente enmudeció ella, porque reconoció un estribillo familiar á los pastores de la Lorena; y nada mas de oír este dolorido son, esta cancion conocida, que traía á su memoria el hogar paterno, prorumpió en copioso llanto. Pero su atención un instante ocupada con este incidente, fué breve distraída con pensamientos mas serios: madama de Trevil cayó enferma, y todo el cariño, como todos los cuidados de Enriqueta, se concentraron en su anciana madre, muribunda y sin recursos.

Entonces desaparecieron los dias de pacífico trabajo, de labor regularizada: ya todas sus horas las pasó la jóven sin despegarse de la cabecera de la cama, en que su abuela padecía, las miserables economías adquiridas con tantas privaciones, pronto fueron consumidas, y llena de angustia veía Enriqueta acercarse á gran prisa la indigencia absoluta, la indigencia

sin esperanzas, sin amigos, sin protectores... Vendió poco á poco los objetos de algun valor (bien pocos por cierto!), sufrió el dolor de ver pasar á las manos de un platero ó de un mercachiflo, sus pobres alhajas ricas en recuerdos de toda una vida; no le quedó de todas ellas mas que una sola, y se decidió á sacrificarla tambien. Salíó furtivamente y se encontró en la tienda de un jóven quien, sin vacilar, le contó una corta cantidad en cambio del objeto que ella le presentaba, y con las lágrimas en los ojos y un cierto gozo amargo en el corazon volvióse Enriqueta á su alojamiento, sin percibir que el oficial francés, su vecino, la habia seguido desde que saliera y habia estado acechando sus pasos. Entró esto después que ella en la tienda del platero y pidió que le enseñaran la alhaja que acababa de comprar. Mostrósele al momento el mercader: era un lapicero de plata sobredorada con un escudo rombóide en el puño; el oficial paró la vista en él, cambió de color, y dijo al punto:

—¡La compro!

Pagó, y salió precipitadamente.

A pocos instantes volvió á su alojamiento. La huésped con semblante triste, le dijo en mal francés:

—La anciana señora está bien mala... la jóven se ha ido á buscar un sacerdote.

El oficial mas y mas turbado, subió la escalera, entreabrió suavemente la puerta del cuarto de madama de Trevil, y no viendola con ella mas que á la criada de la casa, entró, sofocando el ruido de sus pasos.

La muribunda tenia los ojos cerrados. Una pasajera somnolencia la alejaba del sentimiento de sus males y del de su próximo fin. El oficial tuvo tiempo para contemplar aquel rostro pálido, aquella frente surcada, sobre la cual caian unos cuantos cabellos blancos, aquellos labios por los que se escapaba un rúquelo intermi-

tente y trabajoso... Miró largo rato, se acercó por último, se arrodilló junto á la cama y pegó su boca á la mano fria de madama de Trevil. La criada, sorprendida, hacia mil exclamaciones en holandés... La muribunda despertó á estas voces y abrió los ojos; fijáronse en el rostro del oficial, después, haciendo un esfuerzo sobrenatural se incorporó en la cama y gritó:

—¡Gaston! ¡Gaston!

Su voz tuvo por el pronto una débil expresión de gozo que se extinguió con el acento de la reconvenccion y del pesar.

—¡Vete! prosiguió, acompañando de un débil gesto á su débil voz, ¡vete!... ¡perjurol!

—¡Madre mía! respondió Gaston, ¡no me arrojes! Vuestro corazon me ha reconocido á pesar del cambio de mis facciones, vuestro corazon debe decirnos que no me he hecho indigno de vos...

—¡Traidor á tu fe, á tu país, á tu familia...!

No pudo acabar, y le lanzó una triste mirada.

—Madre mía, repuso él, al rehusar una carrera á la que Dios no me llamaba, he obedecido á mi conciencia; no he creído que deshonraria á mi familia combatiendo bajo las banderas de mi país, para defender sus fronteras amenazadas. Pero si he delinquido no cediendo á los deseos de mi padre, embriagándome con estas ideas de independencia tan gratas á la juventud... estoy arrepentido, soy todavía un hombre de honor, soy todavía un cristiano.

—¡Si pudiera creerte!

Menó ella la cabeza; la incredulidad de la vejez luchaba en su ánimo.

—¡Madre mía! añadió el jóven creceldme, perdonadme, bendecidme!

Ella no respondió. Al mismo instante abrióse la puerta: Enriqueta pálida, atigi-

da, entró seguida de un anciano de aspecto el mas benigno, el mas venerable. Era uno de aquellos dignos sacerdotes que la revolucion francesa mostró á los pueblos separados de la Unidad, como la mejor apología de la religion católica. Se acercó á la marquesa con una palabra y una sonrisa de paz, después parando inmediatamente la atencion en Gaston, exclamó:

— ¡Qué! ¿no me engaño! ¿sois vos, mi querido libertador?

— ¡Qué queréis decir, padre mio! ¿Conocéis á este jóven? preguntó la condesa admirada.

— Como que es á quien debo la vida. En Nantes me libró del furor de Carrier, me dió vestidos, dinero, y si estoy ahora aquí es únicamente por él. . . .

— ¡Ah hijo mio! dijo la buena señora juntando las manos.

— Yo ignoraba su nombre. . . .

— ¡Gaston de Trevil, padre mio!

— ¡Vuestro nieto, señora! . . . Pues bien, lo digo para que se llene de regocijo vuestro corazon de madre, no solamente es un valiente soldado, sino un verdadero cris-

tiano, . . . conmigo ha cumplido los deberes de tal. . . .

La marquesa, exánime, pero venturosa, tendió la mano á su nieto.

Enriqueta se acercó enmudecida.

— Te la confío, Gaston, murmujéó madama de Trevil, sé para con ella un buen hermano. . . .

— Madre mia, dijo él, si Enriqueta consiente, permitid que sea mi mujer; ella me ayudará á servir á Dios. . . .

Madama de Trevil inclinó la cabeza y juntó con su mano las manos de sus hijos. La felicidad habia reanimado un poco sus fuerzas, vivió todavía algun tiempo, y pudo bendecir la union de los dos primos, que la Providencia habia destinado el uno para el otro.

Gaston llevó otra vez á Enriqueta á Trevil, herencia de su padre, que no habian podido arrancarle; fué feliz y bendito con ella, "pues" dice la Escritura "los padres y las madres dan las riquezas, pero el Señor es quien da al hombre una mujer prudente."

(Traducción para la Semana por José M. Cabro.)

FLORICULTURA.

SECCION SEGUNDA.

FLORES ANUAS.

I.

Con la mira de que estos artículos sean mas generalmente útiles é interesantes, procuraremos dar aquí una clasificación y definición de las diversas especies y variedades que en el catálogo de mas adelante constan.

Algunas semillas germinan á los dos ó tres dias de sembradas, otras hay que no dan indicios de vegetacion en otras tantas semanas. Estas y otras varias ano-

malías provienen en mucha parte de los diversos climas y de los distintos suelos de que son originarias. Las que pertenecen á climas frios ó templados y á tierras húmedas, son por lo general tardías en germinar cuando se cultivan en temperaturas cálidas y terrenos secos, lo cual es efecto de la falta ó comparativa escasez de su alimento esencial, esto es, la humedad, y las plantas de climas cálidos y terrenos ligeros requieren un cultivo artificial en las elevaciones frias y en los tem-

peramentos adversos á fin de que no carezcan del calor. El aire es tambien un alimento mas necesario á unas especies que á otras; pero este, el calor y la humedad son tres elementos, que juntos constituyen la nutricion de las plantas en general. Debe tenerse presente que lo mas importante es adaptar las plantas al suelo que mas congenie con ellas; pero no se darán bien cuando sus raíces absorban un alimento impropio.

En circunstancias favorables las anuas ó anuales en general echan botones á los dos meses de sembrada la semilla. Hay especies que á poco de florecer y madurarse su semilla desaparecen, mientras que otras embellecen el jardin durante dos ó tres meses con una serie de flores. Un surtido de semillas elegidas con acierto y sembrado en la estacion conveniente puede procurar al cultivador un grato recreo por casi todo el otoño, y producir semilla para la propagacion de la especie en los años sucesivos si se recoge aquella bien madura y se conserva cuidadosamente.

Las plantas anuas pueden crecer de uno á cuatro pies en un terreno y una situacion uniformes; pero como estos son

diversos en casi todos los jardines, no se puede deducir conclusion alguna correcta sobre el particular. Sin embargo, en el adjunto catálogo se ha hecho lo posible por describir las diversas especies lo mejor posible para que puedan servir de guia al jardinero que las cultive: las mas enanas están adaptadas al frente ó á la orilla exterior de los lomos y las otras en gradacion regular.

Las especies marcadas así § son delicadas. Las marcadas así * deben sembrarse donde mismo se quiera que florezcan, pues están expuestas á marchitarse y secarse con el trasplante. Algunas van marcadas así †. Estas aunque se cultivan como anuas, por causa de su facilidad de florecer y madurarse su semilla en la primera estacion, son realmente perennes, como asimismo lo son otras variedades de los climas cálidos denominadas comunmente anuas; pero como estas no podrían cultivarlas los que no tienen medios de proteger sus plantas durante los inviernos rigurosos, pueden propiamente tratarse como anuas delicadas, sembrándose la semilla todas las primaveras.

LA PULGA.

La PULGA es un insecto chupador tan universalmente conocido, que estaria demás describirle aquí.

Si en una vasija bien tapada, se encierra cierto número de PULGAS, en el tiempo en que comienzan á ser abundantes, no tardarán las hembras en poner allí. Su postura consiste en unos doce huevos blancos, viscosos y bastante gruesos respecto al tamaño del insecto. De aquellos, cuando es favorable la estacion, sale al cabo de cinco ó seis dias una larva¹, la cual, de

¹ Gusanillo.

blanca que era al salir de su cubierta, va poniéndose colorada conforme va envejeciendo. Encuétrase en las juntas y hendiduras de los muebles, en los nidos de las aves y principalmente de las palomas, cuyos pollos devora. Las partes carnosas de las plumas y la sangre de los animales le sirven de sustento. Doce dias después de nacida, siendo caluroso el tiempo, se encierra en una cascarrita sedaña que pega á los cuerpos inmediatos. Cámbiase allí muy luego en ninfa², cuya forma no

² Palomilla.

se diferencia casi nada de la del insecto ya perfecto. A los once ó doce días de esta segunda transformación, la ninfa se despoja de la película en que estaban envueltos sus miembros y pasa por su postura metamórfosis, que señala con saltos muy vivos.

Las pulgas, como todo el mundo sabe, son unos insectos parásitos¹ que viven con frecuencia á costa del género humano. Prefieren el cutis delicado de las mujeres y de los niños al de los individuos de un sexo y edad diferentes. Anidan en la piel de las liebres, de los gatos y de los perros, los cuales no los sufren sin suma molestia en verano y otoño. También atormentan mucho á las gallinas, á las golondrinas y á otras muchas aves.

Para destruirlas se han imaginado varios medios que no son todos igualmente

¹ Que se alimentan y crecen con el jugo y sustancia de otros cuerpos á que están asidas.

LA ELECCION DE MARIDO.

Por mas precavidas, cuidadosas y delicadas que sean las jóvenes, nunca lo serán demasiado cuando se trata de la elección de un novio, el cual, de esclavo por unas cuantas semanas ó unos cuantos meses, está destinado á pasar á ser el árbitro de la suerte futura de ellas.

Locura de gran tamaño es pues permitir que se esclavice el corazón antes que la razon esté convencida de la profundidad de los principios, la pureza de la fe, la rectitud de ánimo del futuro esposo.

No siempre el amante apasionado, sufrido, constante es el marido mas bondadoso, atento é indulgente. No pocas veces se ha visto al mismo que de galán era excesivamente amoroso cambiando en el mas frío, desatento y enfadoso de los mortales desde los primeros meses del matrimonio.

La luna de miel parece como que apura

eficaces. Consisten unos en sahumar los aposentos con olores fuertes y penetrantes como el del polco y la ajedrea; otros, en servirse de vegetales acres y pegajosos como la persicaria y los ramos del aliso. También se usa el vapor del azufre y con bastante buen éxito, pero no se puede emplear sino con mucha precaucion. Algunas personas preparan un unguento mercurial, ó se ciñen á derramar en el aposento agua hirviendo saturada ó revuelta con mercurio. Un procedimiento mas sencillo de ciertos países del norte de Europa consiste en poner en un paraje á propósito una pívil de liebre que pueda servir de abrigo á las pulgas. Estas anidan y se albergan allí y así se pueden ahogarlas ó quemarlas.

La limpieza, el frecuente mudarse de ropa, el agua avinagrada vertida en los ladrillos del suelo son medios propios para extirpar á las pulgas.

toda la miel y no deja mas que acibar en el fondo del vaso.

Sucede con frecuencia que el novio que osa ser hombre y reprobar una falta aun con riesgo de perder lo que considera la felicidad de su vida; el novio que puede olvidarse de un agasajo ó descuidarse de un cumplido, que llega unos cuantos minutos después de la hora determinada ó que es enemigo del valse ó de la polca, que no es admirador de la moda ó de seguir en todo el parecer de su novia, semejante novio, por mucho mal que de él digan las mamás y las tias y las hermanas y las amigas, suele venir á ser el mejor de los maridos. Ya que tuvo ánimo para mostrarse con la entereza propia de su sexo cuando corría riesgo de perder lo que mas anhelaba, no parece creible que se muestre cobarde cuando, segun la opinion del mundo, no tiene nada que perder.

CONTEMPLACION.

Porque el silencio agrado y la nocturna calma
Corrida á los hombros en paz á meditar.
Y en esa hora divina consuelo sienta el alma
Y en mis mejillas siento mis lágrimas rodar.

MEDITACION.—F. G. MALDONADO.

En los misterios de la noche umbría,
Velados por los astros silenciosos,
Cubiertos por la bóveda sombría,
He gozado momentos deliciosos.

Si rendí mi cerviz á los pesares
Con que el torpe destino me ha brindado
En mi existencia cruel llena de azares,
De mis tristes dolores me he burlado.

Cuando he sentido el llanto de mis ojos
Inundar tristemente mis mejillas
Al mirar de la muerte los despojos
En un túmulo negro, de rodillas.

He exclamado en lo horrible de mi suerte:
El Dios que me animó sobre la tierra
Mis ojos cerrará; la dulce muerte
Le da consuelo al que desdicha encierra.

Y entre tanto corrian de mi existencia
Unas tras otras horas, he elevado
Los ojos míos para implorar clemencia
Del Eterno Hacedor y me he calmado.

Al sepultarme yo en antro horrible
De penas y de males borrascosos,
He buscado en la noche eco sensible
Que alivie mis tormentos horrorosos.

Entre las orlas del oscuro manto
Quise enjugar mi cara macilenta,
Y á esa matrona revelé el quebranto
Que envenena mi vida descontenta.

Mas ¡ah! que entre misterios soberanos
Que ansí por penetrar, no hallé consuelo:
Siempre ansiedades y deseos insanos
Sintió mi corazón, siempre ese anhelo.

Miré esos astros puros, refulgentes,
Cuya trémula luz me extasiaba,
La luna entre regiones mil, lucientes,
Con vacilento paso caminaba.

Flotando entre celajes de topacio,
Ese diáco brillante relucía
Cual lámpara colgada en el espacio,
Y su fulgente luz no se extinguía.

Fantásticos, vapóreos pabellones
Le extienden esos diáfanos celajes
Por do transita con sus mil legiones
Desplegando los aéreos cortinajes.

Y entre tantos primores, yo sentía
Una voz misteriosa que callaba,
Los ayes que exhalaba en mi agonía,
Y á recuerdos ufanos me entregaba.

Yo los misterios de esa dulce hora
Respeté; pues sentí piadoso afecto
Al mirar esa antorcha salvadora
Que al hombre guía y al humilde insecto.

Globo arrogante, esfera luminosa,
Mole inmensa de luz y de fulgores,
Faro que guía mi vida tenebrosa
Con sus trémulos, dulces resplandores!

¡Pálida virgen, cuya mustia frente
No la anubló el pesar en su camino,
Cuya mirada tétrica y ardiente
Da quietud religiosa al peregrino!

Dime, dama nocturna, ¿tus primores
Ostentará, la noche de mi muerte,
En que un amigo con sus frescas flores
La losa riegue de mi tumba inerte?

No me niegues, hermosa, ese consuelo:
Sobre el sauce inclinado de mi tumba
Emite un rayo desde aguese cielo
Que permite que el hombre al mal sucumba.

Si, ¡tranquila mujer! por un instante
Acompaña, al dejar la horrenda vida,
Al que en éxtasi siempre delirante
Tu consuelo buscó, luna querida!

¿No lo podrás tú dar, acaso sientes
También cruel amargura en tu existencia?
¿Acaso en tu misión desdicha aientes
Tras de tanto esplendor y refulgencia?

¿Tal vez por eso errante y angustiada
Estás en tu mansion de plata y oro?
Dime, ¿no abraza la quietud amada
Que he anhelado como único tesoro?

Pára tu curso, y óyeme, luz clara;
Escúchame, beldad aventurera;
Yo contarte mis penas anhelara;
Tú serás, luz feliz, mi compañera.

Ya que ni un hombre hallé sensible al llanto
Sino tiranos siempre por do quiera,
Al recurrir al ceniciento manto
Para enjugar mi lágrima postrera,

Te he visto, luna plácida, y te he amado:
Tú el bálsamo serás de mi existencia;
Desde ese mundo, para mi ignorado,
Contemplaré feliz tu refulgencia.

Y con la fe de admirador sincero,
Al celebrar las gracias de natura,
Siempre te adoraré, ser hechicero,
Objeto de candor y de ternura.

Recordaré mi infancia lisonjera,
En que miré tu faz libre de duolos,
Al elevar mis ojos á la esfera
Que me inundaba entonces de consuelos.

José RIVERA y RIO.

Méjico, octubre 29 de 1851.

MISCELANEA.

VELOCIDAD DEL VIENTO.

En una brisa ligera el viento corto á razón de diez millas (dos y media leguas) por hora. Un huracan que derriba árboles y arrebató edificios, etc., corre al respecto de cien millas (veinticinco leguas).

UN CLIMA AGRADABLE.

Ho aquí un calendario de un año de Siberia ó Laponia: Junio 23, se derrite el hielo; julio 1°, no hay hielo; julio 9, están verdes y lozanos los campos; julio 17, las plantas están en todo su crecimiento; julio 25, florecen las plantas; agosto 2, maduran los frutos; agosto 10, las plantas se asemejan;

agosto 18, hiela y sigue helando hasta el 23 de Junio.

ENIGMA GEOGRÁFICO.

¿Cuál es el mar que baña tres continentes, que ha visto nacer cerca de sus riberas al gran Legislador y á los tres conquistadores que han dominado al mundo, y que ha sido testigo de los acontecimientos mas graves de la historia antigua y moderna?

La solución es el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:

• EVA.



R. NAVARRO, L'Éclair.

ULTIMAS MODAS DE PARIS.

El figurín de hoy, amable lectora, presenta en primer lugar una joven cogiendo una rosa.

Viste un traje de tafetan color de alberchigo, que tiene el delantero de la falda y del corpiño adornado con cascabeles de pasamanería.

El corpiño tiene faldetas picadas y recortadas, las mangas son semilargas, están también picadas y dejan al aire dos *volantes* de punto de Inglaterra.

Su gorrita es á la aldeana, con un lazo de encaje y cinta puesta sobre la coronilla. Las *bridas* son largas y sueltas.

La otra joven á quien aquella está presentando una rosa, lleva un vestido de tafetan *chiné* de ramilletes de rosas, con un corpiño guarnecido de encaje negro rizado.

Las mangas son largas con ondas de encaje blanco.

Su capota es de tafetan gris perla con adorno de pasamanería: al lado tiene unas matas de órquis.

La joven esta de que voy hablando tiene en la mano una sombrilla de tafetan azul de Francia con rayas blancas y mango de marfil.

Con ansia deseaba yo que sonara para mí la hora de escribir de modas para decir muchas y muy lindas cosas acerca de la distribución de premios en los diversos institutos literarios y científicos de esta capital, particularmente los del colegio de Minería; pero como no pude estar presente á ninguno de los tales actos y como mi amigo Mariposa, á consecuencia de una clorosis de que está curándose, no concurre á ningún holgorio público, con el mayor sentimiento me veo precisado á dejar este asunto para mejor ocasión.

Entre tanto, no estará demás el decir aquí que la novísima plaza de toros es la pasión del día, pues si bien es positivo que ahora unos cuantos meses se había esparcido el rumor de que el congreso iba á tomar cartas en el negocio taurino prohibiendo el ejercicio de la tauromaquia, debió de no ser ello sino la obra de algunos prójimos que quisieron divertirse con el pavor del dueño de la novísima plaza. Así es de presumir en vista de que ni el congreso ni el gobierno del distrito han molestado en manera alguna al señor Pozo en la pacífica y libre continuación y definitiva conclusion de la plaza consabida, la cual se ostenta gallarda en uno de los extremos del Paseo nuevo.

No me admirará, y llegado el caso cooperaré con mis débiles esfuerzos á su consecución, que el día menos pensado se decrete una medalla de oro y brillantes en premio por la dicha plaza, al "inventor, ejecutor" y perpetuador de este inocente entretenimiento.

La que si va á padecer mucho es la antigua plaza, la pobre plaza de san Pablo, cuyos servicios van á verse olvidados en un día.

Cómo ha de ser, así es todo en esto pícaro mundo.

La elevación de unos trae consigo la degradación de otros.

Y si fuera yo á tomar de aquí asunto para moralizar, solo Dios sabe hasta dónde me vería precisado á dejarme ir.

Afortunadamente para la lectora y para mí, no he de meterme, ahora por lo menos, á moralista.

No.

Quiero mejor dejar el artículo de modas de este tamaño.—X.